

VIOLENCIA PARA LA PAZ

SI A LA VIOLENCIA DE LA VIDA

"La paciencia de Dios es nuestra salvación, como les escribió nuestro querido hermano Pablo con el saber que Dios le dio. En todas sus cartas habla de esto" (2 Pe 15-16).

Creemos que desde este valle de lágrimas que es hoy por hoy nuestra América Latina este es el mensaje más actual y esperanzador, no sólo ante nuestra situación interna sino ante el horizonte global que se cierne sobre nosotros. *"Los que padecen según ese designio de Dios, que practiquen el bien, poniéndose así en manos del Creador, que es fiel" (1Pe 4,19).*

Si Dios no es la causalidad que de un modo genérico da la existencia y la fuerza que el hombre encausa a su modo, si Dios es el que como don personal da su sol y manda su lluvia al justo para consolidarlo en su camino y al que obra mal para vencer su maldad a fuerza del bien paciente, respetuoso y personalizado y si en eso consiste ser Creador; vivir de esa fe, estar en él, consistiría de un modo correspondiente en obrar de la misma manera. Así nos lo propone Jesús en el Sermón del Monte.

Esto hoy entraña en América Latina una proposición histórica que de buenas a primeras desafía toda lógica, pero que lejos de constituir una mera utopía, está llamada a hacer historia. En presencia de la agresión en todos los niveles de la existencia, se trata de optar de un modo integral por la vida. También y de un modo necesario por las fuerzas de la vida. Pero únicamente por las fuerzas de la vida, no por las de la muerte. En definitiva se trata de descartar poco a poco y radicalmente de nuestro horizonte vital la violencia que acaba dando muerte.

Siempre será necesaria la violencia de la abnegación, la del dar de sí, la violencia que entraña el amor tanto el sexual, como el pedagógico y el político, la violencia del cultivo, de la cultura, la de la emulación; esa es la violencia necesaria para entrar en el Reino, la violencia que Jesús, como espada y fuego, ha venido a traer a la tierra (Mt 10,34). Es la violencia que supone el testimonio de la verdad en una sociedad de cómplices, la violencia que implica la solidaridad en una sociedad de escasez, la violencia que necesita el pueblo para organizarse y para mantenerse organizado en un orden que desarticula y reprime, la violencia indispensable para resistir la intimidación y la represión, y también la violencia que hay que hacerse para estudiar ciencias y técnicas, para aprender a dirigir y a ocupar con disciplina su puesto en el conjunto. La resistencia y la lucha por liberarse necesitan una gran dosis de violencia.

NO A LA VIOLENCIA DE LA MUERTE

Pero tal vez la novedad de nuestra hora latinoamericana nos esté pidiendo cercenar otro tipo de violencia: la que acaba dando muerte. No por un principio abstracto. No se trata de doctrinismo fundamentalista. *"Por muy paradójico que parezca, el que desea profundamente la paz rechaza toda forma de pacifismo que se reduzca a cobardía o simple mantenimiento de la tranquilidad. Efectivamente, los que están tentados de imponer su dominio encontrarán siempre la resistencia de hombres y mujeres inteligentes y valientes, dispuestos a defender la libertad para promover la justicia"* (Juan Pablo II, 8/12/83). El cristiano *"no es simplemente pacifista, porque es capaz de combatir. Pero prefiere la paz a la guerra"* (Medellín 2,15). Tal vez es lo que se ha decantado en estos años de violencia revolucionaria y de contrainsurgencia y guerra sucia represiva. Lo de *"la espiral de la violencia"* (Helder Cámara) no es una frase hueca sino una terrible experiencia. Tal vez a través de este

inmenso océano de dolor irreparable (Cf Mt 2,17-18) se nos ha revelado un poco más el rostro de nuestro Creador en la historia. Estamos aprendiendo que, si él es el creador, no puede descrear porque no puede negarse a sí mismo (2 Tim 2,13). Y la forma radical de descrear es matar: El no tiene ese poder, porque ese no es un poder encaminado a la vida. Entonces dar muerte no es un hecho que pueda sacralizarse. Es siempre un mal, aunque sea en legítima defensa de una persona inocente o de todo un pueblo. Pudiera ser un mal necesario, si por nuestros instintos atávicos y falta de capacidad para arbitrar alternativas no encontramos otro medio de impedir un mal mayor. Pero cada vez vemos más difícil caracterizar como mal menor una muerte y mucho menos una guerra y de ningún modo ya el asesinato llevado a cabo por las autoridades y la tortura.

Reafirmando que la guerra imperialista y la represión contra el pueblo son crímenes, no sólo de lesa humanidad sino pecados es decir crímenes de lesa divinidad, también vamos llegando a la conclusión de que son un mal las guerras de liberación. Por eso las que existen como mal menor deben ser vividas con mala conciencia, no con angustia psicológica sino con espíritu de penitencia. Y no pueden engendrar ninguna glorificación ni legitimidad. Hoy no podemos ya seguir glorificando a las armas ni considerar que nadie está legítimamente en el poder porque lo ha conquistado. Sólo legitima el justo ejercicio y la voluntad popular.

La glorificación de tanta gesta pretendidamente liberadora en nuestro continente sirve para legitimar su actual configuración injusta. Una interpretación fundamentalista del Exodo no puede llevarnos ya a santificar las armas. Ya no hay más guerras santas. En las guerras que existen lo que urge es ganar la paz. Claro está que *"la paz no es auténtica si no es fruto de la justicia"* (Juan Pablo II o.c.). Pero también es verdad que un espíritu de negociación, meollo de la auténtica política, puede ganar la justicia posible hoy para posibilitar con la paz y la libertad una mejor justicia mañana.

LOS CAMINOS DE LA PAZ

Muchos años nos va a llevar sembrar en nuestra historia y en nuestros corazones este nuevo clima. Sin una gran dosis de violencia de vida no será posible barrer esta violencia que acaba matando. La bienaventuranza de los pobres y la de los perseguidos por causa de su fidelidad tienen que ser complementadas por la de los que trabajan denodadamente por la paz. De esta manera los hijos de Dios lograrán que sea efectiva la soberanía de Dios entre nosotros. La bienaventuranza se logrará al adaptarnos cada vez más a los métodos del Creador, que, pese a la lógica del orden establecido, son los más realistas porque son los que cuadran a nuestra realidad tal como Dios la funda. Tenemos que convencernos de que el modo de producción determina el producto: Un camino hacia la justicia predominantemente militar producirá una sociedad militarizada. Un camino llevado a cabo por las masas y los líderes carismáticos traerá una sociedad populista. Un camino fundado en una organización que desde fuera encuadra al pueblo traerá una sociedad dividida entre la sociedad civil y los aparatos políticos. Un camino basado en la creciente coordinación de organizaciones populares engendrará una sociedad pluralista y participativa. Este es el camino que nosotros buscamos. Y desde él asentamos que cuanto más violencia de vida desencadenemos habrá menos violencia de muerte. Pero si queremos ahorrarnos esta violencia evangélica no quedará más alternativa que inflingir o sufrir la violencia estéril de la muerte.

No resulta temerario afirmar que este camino es también un profundo anhelo de nuestros pueblos. Y que el sentirlo nosotros con fuerza creciente no sólo proviene de la escucha de Dios en la oración y en los acontecimientos de nuestra historia reciente sino también de la escucha de nuestro "sufrido pueblo", como dijo Monseñor Romero, hombre de la organización popular y del diálogo a toda costa, constructor de la paz y bienaventurado.